

tras el viento fuerte y Colón abrió el velamen de la carabela mayor á sus besos amorosísimos. Maestra, bonetas, trinquete, cebadera, mesana, vela de gavia, todas las que el buque llevaba, como él mismo dice, y por popa el batel. Así navegó con suma felicidad hasta el anochecer. Y anochecido venteaba recio, por lo cual, no sabiendo cuánto camino le faltaba de seguro á la isla, y receloso de requerirla y demandarla en plena noche, á causa de lo muy manchado del mar aquel por bancos de arena y por arrecifes de roquedo, entre los cuales podría no surgir salvo; necesitadísimo de conocer todas las aguas á vista de ojo, amainó velas y se detuvo, como le diera Dios á entender, hasta la dulce aurora. No anduvo así esta noche dos leguas. El día 25 navegó desde la salida del sol hasta las nueve y así andaría cinco leguas; y mudado entonces el camino al Oeste, anduvieron ocho millas por hora. Y á las once de aquella mañana columbraron tierra, compuesta por unas ocho islas. Y llamólas islas de las Arenas, por los muchos arenales que se veían de todos lados y por el poco fondo que mostraba hacia la parte meridional. El 27 de Octubre por la mañana, se dirigió ya en demanda cierta de Cuba; y llegada la noche, estuvo al reparo so la mucha lluvia que cayera. Y el 28 entró en río muy hermoso y muy sin peligro de bajos y otros inconvenientes; y toda la costa, que recorrió por allí, era hondísima, pero limpia. Llegó así á un río, cuya boca tenía doce brazas; «nunca tan hermosa cosa vido, de árboles todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con frutos y con flores, cada uno á su

manera.» Estaba, pues, Colón en Cuba. El horizonte tropical inundado por intenso éter; el Atlántico entre azul celeste y opalado rosáceo como una gigante madreperla; los arrecifes áureos esmaltados de conchas y nácares; los cayos cubiertos de plantas acuáticas animadas por infinitos infusorios; las bocas del río ceñidas con cañas bravas y bambúes flotando á guisa de macetones ó florestas móviles; allá, en los lejos, montañas esmaltadas por un lila y un púrpura cuyos tonos semejaban á condensaciones de luz; el follaje tan intrincado, que parecía un muro impenetrable de verdura, y tan pintado que parecía paleta de indecibles matices todos gayos como sólidos iris; aquellas familias de insectos comparables á rubíes y á esmeraldas y á zafiros, y á turquesas y á ópalos con alas; el voluble movimiento de las mariposas, en cuyas voladoras membranas parecían haberse la gualda y las múrices y los añiles y todas las reverberaciones del prisma esmerado para que semejasen ramilletes aéreos; las hierbas de mil formas variadas con ornamentos de flores, las cuales deslumbraban los ojos con sus pétalos y enloquecían el ceñebro con sus fuertes é intensísimos aromas; el tejido espeso de lianas ó enredaderas, que se tendían como alfombras pérsicas por el suelo, y como chales asiáticos de un árbol á otro árbol por las alturas; el revoloteo de los pájaros moscas y de los papagayos y de los colibríes con sus plumajes más brillantes que sederías de Catay; los sisontes ó ruisenores en coro, acompañados del chirrido de las cigarras, que no suenan jamás, ni unos ni otras, en estos climas nuestros por otoño é invierno, y que allí se oían



por los meses de Octubre y Noviembre; los plátanos de hojas tan amplias y de urdimbre tan fuerte, como verdes mantos de ricos terciopelos, con sus frutas encorvadas y amarillas; los palmerales de cocoteros que salían del agua y llegaban al cielo; aquellos helechos arborescentes al ingreso de las vírgenes selvas inaccesibles que formaban por arriba como una bóveda impenetrable á los rayos solares, y por abajo como un océano de vegetación donde latían abismos henchidos de vapores semejantes á gases de nubes indecisas; los maizales de un verdor tan claro, cargados de panojas que semejan torzales de brillo y cabbelleras de indecible finura; los palos campeches con sus pintores jugos y los guanábanos y los chirimoyos de regaladas frutas; los cactus con las estaturas del cedro y las caobos y los ébanos de tan sólidas tablas, las galegas medicinales con su estriado tronco; el diluvio de hojas innumerables, las erupciones volcánicas de seres animados, la fragancia de olores trascendentes á distancias inmensas, las urdimbres de fibras entrelazadas como una increíble madeja; el fragor de una sinfonía compuesta con el concierto de las olas hirvientes y los ramajes casi estallando á los excesos de su savia; el conjunto aquel, increíble por su exuberancia, debió conmover al viejo piloto del antiguo mundo, casi exhausto, cual conmoviera el paraíso sin males al Adán bíblico sin pecado en el momento de levantarse al soplo divino para recoger en sus venas los primeros misteriosos efluvios de la vida universal. Cuando queráis entender cómo Cuba conmovió á Colón, dejaos de los escritores que han querido encerrar

esta conmoción en frases, lejanas del sitio y del momento y del descubridor, consultadlo á él mismo en su propio *Diario*. Publicado está en muchas partes y sabido es por muchas gentes: leedlo un minuto, y á ser posible, leedlo en su original español, que, trasmutado por el tiempo y por las copias, aun guarda los primeros afectos del descubridor. Nos hemos antes dolido del escueto relato llegado hasta nosotros del primer encuentro con la isla llamada de San Salvador. Hemos dicho como no comprendíamos aquellas líneas de cronista monástico y escribano de ración para historiarnos el momento más extraordinario y solemne de la historia, el que cierra una edad y abre otra en la naturaleza material y en el humano espíritu. Pero llegado Colón á Cuba, no se contiene ya su ánimo, no se reserva su estilo, no se limita su admiración, estallando sus ideas en fulguraciones como las que agitan á un poeta inspirado cuando le posee la fiebre de su creación y también sus afectos en una especie de lírica éxtasis como la que posee á los místicos cuando se anegan en Dios. No puede ciertamente compararse con la descripción del Paraíso en Milton y con las descripciones del Océano en Camoens la descripción colombina de Cuba por su forma; pero tiene sencilla ingenuidad que raya en lo sublime, por carecer de todo aparato y de toda hipóbole, realzándose á la consideración de que fuera quien lo trazara el mismo descubridor, mártir de su propia grandeza, consumido por el fuego de las grandes creaciones, el cual ilumina con sus resplandores á los demás y devora con sus llamas al infeliz que lo lleva en sí mismo.



Siempre que Colón ha querido encarecer los territorios encontrados en sus viajes, halos puesto junto á los recuerdos que despertaban en él así los hermosos campos de Andalucía como los más severos de Castilla. Ni una sola vez recuerda su Italia. No obstante haber nacido Colón y criándose por las deslumbradoras playas ligures, nunca recuerda ni los valles deleitosos, ni las montañas celestes, ni los mares de blancas espumas recamados, ni las riberas de mármoles, ni las arenas áureas besadas por aquellas hondas, en las cuales palpitan y laten la sirenas. Pero á Cuba la compara con una tierra de Cuba muy semejante, con aquella Sicilia que representa una gran parte del teatro antiguo, donde pasan los divinos actos de la mitología helena. Su posición entre Italia y Grecia, sus mares tan diáfanos y luminosos, sus cielos tan azules, sus escollos tan lucientes, las hendiduras de sus valles donde crecen adelfas y mirtos tan propicios á las divinidades antiguas; el Etna, que brama y fulgura, encendiendo aquellos espacios con sus reverberaciones y fecundando aquellas tierras pedregosas con sus lavas; todos estos contrastes de su naturaleza y todas estas manifestaciones de su vida le dieron el prodigioso atractivo, al cual debía la singular elección hecha por la fábula de su extraño suelo que ofrece teatro apropiado á los divinos dramas y á las divinas escenas del Olimpo helénico. Por eso representa Sicilia en la entrada del viejo mundo histórico lo pasado, mientras Cuba en la entrada del nuevo mundo americano representaba lo porvenir.

Puede asegurarse que la mayor emoción despertada

por el descubrimiento en su descubridor, fué la emoción que le produjera Cuba. En las Lucayas del archipiélago bahámico le interesaron los aspectos de su condición, ofrecidos por los hombres inocentes, tan curiosos y extraños, en verdad, sobre los aspectos de su vida ofrecidos por la Naturaleza; pero nada tan gigante ni tan hermoso como la naturaleza de Cuba. Fueron sus prístinos hallazgos isletas, muy distintas de las dos mayores encontradas en este primer viaje á su terminación; y con somero estudio reconocidas antes del primer regreso á España. Después de las Lucayas, en el trayecto entre la Isabela y Cuba, encontró, como ya hemos visto, el archipiélago que llamó islas de las Arenas; menos interesante aun que la suma de islas componentes del archipiélago bahámico. Así, en éste, Colón estudia el hombre con preferencia natural á todo. Las gentes desnudas, más dóciles al reclamo del amor que al imperio de la fuerza, maravilladas de ver un gorro colorado y de oír un cascabel ó una sonaja; tan placenteras, que se dirigían á nado hacia las carabelas con ovillos y papagayos en los puños; tan juguetonas, que se ponían las cintas de color, y las cuentas de vidrio al cuello y danzaban en celebración de tanta dicha; pobres de todo, pues iban como su madre les parió; muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras; de cabellos gruesos como las crines en los caballos; de cabelleras largas que les caen desde las cejas casi á las espaldas; de piernas muy derechas y barrigas muy angostas; pintados unos de prieto y otros de blanco, y muchos de colorado, siendo ellos del color del terrícola ca-



nario; tan desconocedores de todo armamento, que cogían las espadas por el filo, y tan ajenos al trabajo campestre, que no conocían el hierro de los azadones y de los arados; con alguna cicatriz demostrativa de que la guerra nace al nacer el hombre; más dados al combate de suyo que á la industria; sin sectas ni otra creencia que una vaga idea de la superioridad y grandeza del cielo, embargaban á Colón y le sumergían en comparaciones nacidas del contraste patentísimo con los españoles, y en la natural anticipación, por sus presentimientos ó sus previsiones de la suerte que les deparaba su increíble y milagrosa visita. En aquellos análisis trazados al vuelo, y por ende, interesantísimos, hay observaciones como ésta, inscrita en sus referencias del primer vistazo á San Salvador: »Mujeres, no vide más que una farto moza, y todos los que yo ví, todos eran mancebos; que ninguno vide de edad de más de treinta años.» Y en otro lugar observa que «todo lo que tenían lo daban por cualquier cosa que les diesen;» pero que también «gente farto mansa, por la gana de haber de nuestras cosas, y temiendo que no se las han de dar sin que les den algo, y no lo tienen, toman lo que pueden, y se echan luego á nadar.» Y más abajo, añade, hablando de su inexperiencia mercantil: «Fasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rotas rescataban; fasta que ví dar diez ovillos de algodón por tres ceotis de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de algodón filado.» En la parte de Leste de la isla, como él dice, vió ya mujeres muchas y viejos y niños, que no viera en el punto de

arribo; y para dar idea de su condición blanda, nos cuenta como «los unos traíannos aguas, los otros cosas de comer; otros, cuando veían que yo no curaba de ir á tierra, se echaban á la mar nadando y venían y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo; y vino uno viejo en el batel dentro, y todos, hombres y mujeres á voces grandes decían, venid á ver los hombres que vinieron del cielo, traedles de comer y de beber.» Y hablando respecto de los pobladores de la Fernandina, dice otra vez: «Esta gente es semejante á aquella de las dichas islas, y una fabla y unas costumbres, salvo que éstos ya me parecen algún tanto más doméstica gente, y de trato, y más sotiles, porque veo que han traído algodón y otras cositas, que saben mejor regatear el pagamento.» Las familias aquellas tan extrañas á las ideas y á las creencias del tiempo, que no admitía disentiendo ninguno del relato bíblico respecto de la descendencia de Adán, hubieran extrañado á Colón más todavía de cuanto á la sazón le maravillaban, si hubiera sabido en qué parte del mundo se hallaba y no hubiera tomado todas las tierras esparcidas en el Océano, con que iba topando, como pertenecientes al Asia. Pero en Cuba la Naturaleza le divierte un tanto de su atención al hombre. La desembocadura de los ríos en el Océano; la superficie de aquellos, cubierta por los pétalos llovidos de tantas flores como la festonan en sus orillas y de tantos árboles como entrelazan sus ramajes para sombrearla muy alegremente; las palmas diversas de las de Guinea y de las nuestras; las hojas muy gigantes que cobijan sus cabañas muy peque-



ñas; la hierba grande como en Andalucía por los meses de Abril y de Mayo; las verdolagas muchas y los bledos; las montañas muy hermosas, aunque no son muy grandes en longura, salvo tres; las copiosas corrientes fluviales bautizadas con los nombres de mar y luna; las aves y pardalejos de tan diversos colores; el canto de los grillos, cual aquí en verano; las peñas altas, como la conocida con el nombre de los enamorados en Andalucía, con otras sobrepuestas, y parecidas de lejos, en lo armoniosas y relucientes, á una grande aljama; las arboledas fresquísimas y odoríferas; las especias y demás plantas y frutas aromáticas; los tubérculos farináceos semejantes á mamas y con el gusto de las frutas del castaño; los faxones muy pintados y las fabas muy sabrosas; lo copiosísimo del algodón, que no siembran y crece por los montes á su guisa todo el año, pues vió los cogujos abiertos y las flores al par, todo en un solo arbusto; las almácigas, muy superiores á las recolectadas en el archipiélago heleno, tan fecundo en esta materia; el inacabable cinaloe; los panizos y los tabacos; las sangrías hechas á los árboles para extraerles resinas y gomas; todo cuanto hería sus sentidos, le trasportaba en un entusiasmo, que seguramente hubiera sido más intenso y mucho más profundo si presintiera las levaduras de vida nueva y más alta que traía con sus descubrimientos á la vida general humana y las riquezas muy superiores al oro que lanzaba en el comercio y en el cambio universal. Su *Diario* se levanta en la quincena que describe Cuba y sus paisajes á la extensión de clásica epopeya, y para convencerlos, no hay

sino cotejarlo con cualquiera de las descripciones análogas, contenidas en las primeras obras épicas del mundo. La más antigua narración de este género es la contada por Ulyses á la feliz Aretea en su regio palacio. Superior la forma por el melodioso acento de los hexámetros homéricos y por el ritmo acabado del músico lenguaje griego en la *Odisea*, no puede compararse, ni de lejos, por el interés de sus respectivos argumentos con el relato de Colón. La isla Ogygia, donde aborda Ulyses, azotado por las centellas de Júpiter, tras nueve días de naufragio, en que las olas embravecidas le llevaron de un punto á otro, asido de una tabla rota y descuajada de su propia nave, no puede compararse, habitación mágica de la hechicera Calipso, envuelta en los misterios de la teurgia, con estos mares de las Antillas, que se revelan como el cielo nuevo, anunciado por las profecías de los libros sibilinos; con estos productos nunca vistos, que nutren de sustancias vírgenes las venas del género humano ó centuplican sus fuerzas; con estos archipiélagos que surgen como constelaciones de astros novísimos en el espacio azul y parecen repeticiones sublimes de los primeros versículos del *Génesis* y obras divinas del primer día de la creación envueltas en el éter de la primera inmaculada luz. Otra relación épica existe de viajes, la relación del troyano Eneas en la *Eneida* inmortal de Virgilio, superior á la relación de nuestro descubridor, por la parte literaria, pero inferior por el interés histórico y social. La Reina de Cartago, Dido, á cuyos dominios había llegado Eneas náufrago, quiso conocer todo cuanto á éste le ocurriera desde su